

EL LAGARTO VERDE DEL JOVEN BRITTEN Y HERNANI

Alberto Gosá y Valvino Balvuenza



Las gentes de Hernani comprueban el crecimiento del maíz, a principios del siglo XX.

Plácido verano aquel de 1918, como eran los agostos de la época; también en Hernani, hemisferio norte, cuando los límites territoriales en las vidas de la gente (eso que llamamos los “naturales”) tenían que ver con la parcela heredada de los ancestros. No de los paleolíticos, excusa a la que algunos acudieron unos decenios después buscando genes, sino de los padres, los abuelos, o hasta los tatarabuelos (habrá que dar un corte, no se pueden llenar páginas a base de genealogía).

En aquel agosto de 1918 la hierba jugosa del caserío, superado el invierno húmedo y nada extraordinario, ajeno entonces el concepto meteorológico de las cosas que ha irrumpido ahora en nuestras vidas, con esto de las altas temperaturas y esos fenómenos destructivos que nos asombran, las manzanas (que es a lo que iba) estaban a punto de decidir el grado de acidez con el que se iban a

presentar en la sociedad local de consumidores el próximo invierno, con su aspecto más líquido, el tono dorado o simplemente amarillo y el apabullante brote de espuma, con esa fuerza arrasadora como la que, según algunos, tenía la ola que alcanzaba en tiempos no tan lejanos la tierra de Hernani. *Finis terrae*, tierra exterior que por entonces era Hernani, en la periferia, y no interior como algunos otros ahora la consideran, no sin cierta malicia. Como queriéndola asimilar a esa Guipúzcoa industrial, pero oscura, la caliza, de tan gris, que parece basalto negro. Así sus iglesias, esas cámaras selladas que guardan como un tesoro lo más oscuro y atrabiliario del hombre (aquí, con el *label* ‘Loyola’); aunque también la arquitectura civil, la fachada igual de gris. Pero decía que en aquel agosto de 1918, entre la hierba jugosa y las manzanas, hicieron efímera aparición gentes extrañas para la época y para el lugar. Para la época, porque parecía que el tiem-

po de los viajeros había agotado su cupo; para el lugar, porque a Hernani, después de Hugo, apenas llegaba nadie, ni siquiera en verano. Sus Majestades de Oriente (de la Plaza de Oriente) se quedaban en la vecina Concha, arena que acaparó la gloria de la costa. Y ahora nos parecerá extraño que nadie siguiera los pasos de Hugo, tras el brutal aroma romántico que pudo haber dejado impregnado en Hernani aquel gigante de la literatura. Pues por lo visto apenas lo dejó, pero como Hugo es un personaje circunstancial en esta historia, desaparece de ella. Aunque no lo hará sin que antes se sepa que Hugo visitó Hernani de tapadillo. Adelantado de un turismo todavía inexistente como concepto, tomó el landó o la diligencia desde la vecina Pasajes y en una hora se plantó en Hernani. Una jornada, tal vez con pernocta, fue suficiente para que Hugo decidiera que su bandido aragonés llevaría el nombre de la villa. Sólo una fuerte convulsión pudo sentir Hugo entre las callejuelas de Hernani, para tomar tan rápida e histórica decisión, que tampoco parece haber dejado huella en los naturales de la villa.

Después de Hugo pudo haberse producido un vacío de visitantes, o, en caso contrario, deberé prestar mayor atención a las crónicas, síntoma de una indagación insuficiente por mi parte. Si es así, pido disculpas al lector. Decía que sólo algunas individualidades –las podemos imaginar provistas de una gran lupa a la altura del ojo, gran desmesura, como un Holmes ya lanzado al ruedo de la posterioridad– se permitieron degustar el trazado dejado por el viajero romántico de tan efímero paso. Y dos de estas individualidades, en la Hernani de 1918, van a ser protagonistas decisivos de esta historia.

No es por azar, ese intangible al que con tanta frecuencia se agarran los científicos (por cierto, también surgidos

de aquellos tiempos de los que hablamos), que Valvino Balvuela y Edouard Britten –¿puede haber un apellido más universalmente británico?, aun cuando pueda parecer un contrasentido utilizar un calificativo tan grueso como el de “universal” frente a base geográfica tan exigua como la de unas cuantas islas (voy a dejar tan sólo esbozado este nuevo tema, que tampoco forma parte de nuestro objetivo)–, decía que no era por azar que ambos personajes coincidieran en Hernani en agosto de 1918. Porque, sencillamente, Valvino y Edouard viajaban juntos.

Las familias de Valvino Balvuela y Edouard Britten pudieron haber iniciado su relación en alguno de esos infrecuentes, o ciertamente poco extensos, episodios decimonónicos de tolerancia entre sus respectivas naciones (no voy a cometer la ingenuidad de valorar esta tolerancia en términos de altruismo o de buena fe). Por acudir a un escenario probable, imaginemos que las dos monarquías imperantes, tradicionalmente –¿evolutivamente?– impulsadas a la hibridación, destacaron en el telón de fondo de esta relación internacional. Es impensable una relación impostada para este caso de confraternización trasfronteriza, forjadas como estaban las dos familias en castas cultas, a cuyo rastro ha conducido una sencilla prospección heráldica, sin pretensión alguna.

Una sincera amistad era el verdadero telón de fondo de ambos personajes, no importaba su diferencia de edad. Se desconoce la causa y la época de su inicio, pero su presencia compartida en Hernani no se resiente por ello. Algo importante, imposible de eludir, les había juntado en aquel preciso momento de sus vidas: el lagarto verde de Hernani, que es el tercer personaje por derecho en estas líneas.



Una hembra de lagarto verde cargada de huevos, poco antes de enterrar la puesta.

De Valvino Balvuela no se sabe demasiado, aunque no parece que fuera parco en escritos, que deben yacer en algún cajón de desván, si bien una parte de sus diarios y artículos son accesibles, no sin esfuerzo minucioso en archivos y bibliotecas. Internet no ha debido hacer los honores al personaje, desdeñoso que fue de la modernidad. De Edouard Britten se conoce mucho menos aún, y es natural (luego veremos por qué). Del lagarto verde español se empezó a saber algo, en buena parte gracias a Edouard y Valvino, a raíz de su estancia en Hernani. Hoy en día es el más conocido de los tres (y éste sí que es pasto de la voraz internet).

El perfil académico de Balvuela –profesor de ciencias naturales, en el sentido cosmológico que caracterizó al último cuarto del siglo XIX– y su pasión por la naturaleza y sus entonces poco conocidos habitantes, le llevaron a horadar el prístino suelo ibérico con la paciencia, perseverancia y hedonismo propios de un paseante rousseauniano (obviemos el expolio forestal de los siglos precedentes, para quedarnos con la idea de que eso que ahora llamamos medio ambiente todavía brillaba en los albores del XX con retazos de luz propia). En esas virtudes coincidió con sus contemporáneos Fabre, en Francia, y Graëlls, en el solar patrio. Curiosamente, ambos eran antievolucionistas, contrariamente a Balvuela, pero no por eso éste dejó de cultivar su amistad, bebiendo de ellos la poesía emanada del trato que ambos próceres supieron dar a los pequeños animales, y dejando a un lado elegantemente la discusión de las ideas, que en sus maestros nos vemos impelidos a calificar como de una inconsistencia manifiesta. Aparte de esto, difirió de ellos en que su pasión y su pupila, más allá de los escarabajos y las mariposas, se posaron en los lagartos. Y al incipiente

conocimiento que la época tenía de estos reptiles tuvo la fortuna de contribuir Balvuela en un momento histórico esplendoroso, arropado en la figura gigante de Boscà, su mentor y maestro en el apenas horadado campo de la herpetología ibérica. Digámoslo, Eduard Boscà fue el patriarca de la herpetología española en el siglo XIX, y digamos igualmente que Balvuela se rodeó de la flor y nata de los especialistas de la época, que no eran muchos, en un país en el que la superchería judeocristiana campaba por sus respetos. Y si no que se lo digan a los lagartos; y ni que decir tiene a las serpientes...

Sólo el desapego de los fogones del poder y del éxito, que marcó la vida de Balvuela, hizo su nombre ilocalizable en los manuales básicos que marcaron a las generaciones siguientes de estudiosos de los reptiles. Más bien al contrario, su faceta lo llevó a relacionarse con los que, jóvenes, se iniciaban vocacionalmente en el mundo de la naturaleza. De ahí su colaboración con Britten, que alcanzó su cénit en aquel agosto de 1918, y que por esas fatalidades del destino no pudo prolongarse en entregas posteriores. Edouard murió a finales de ese mismo año, víctima de la gripe española que, ciertos familiares reticentes a su relación con personajes del sur, y sin fundamento científico alguno, achacaron a un contagio producido en Hernani. Entonces se desconocía el tiempo de incubación de la *influenza*, pero esa ignorancia no fue óbice para que la relación entre las dos familias entrara en barrena, rompiéndose definitivamente poco después. Queda como consuelo que para entonces Edouard ya estaba en otras esferas (hagamos esta concesión a lo oculto). La enconada situación tampoco afectó a las relaciones entre las monarquías de los dos países, que han seguido su curso normalizado hasta la actualidad, siempre en los círculos de la alta política. Es decir, se siguen in-



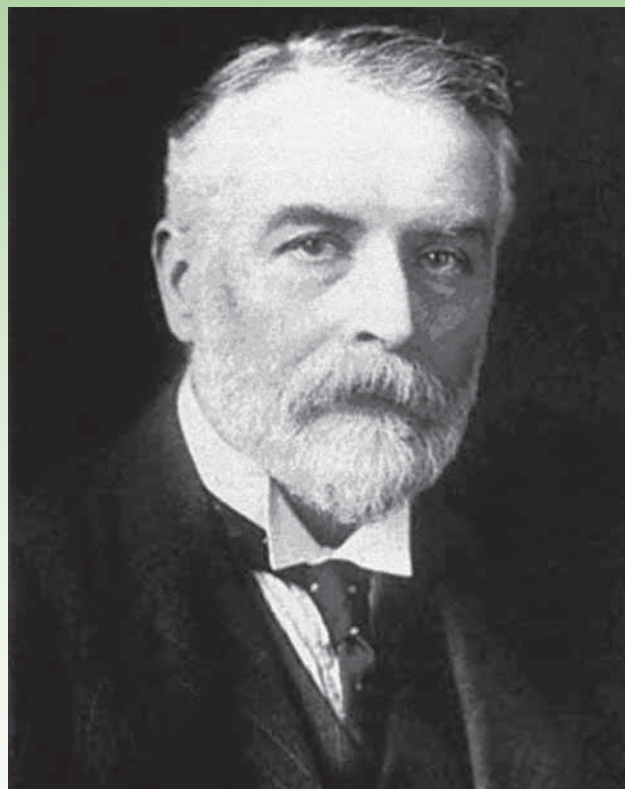
¡Cuántas experiencias zoofílicas (entiéndase en sentido etimológico) no se habrán vivido en lo que fue el caserío de Sagaredo, hoy demolido!

vitando mutuamente a las bodas reales de sus vástagos. En 1913, el adolescente Britten realizó su primer viaje a las Vascongadas. Iba provisto de una suma no desdeñable de libras, dispendio de su padre, que quería tenerlo de vuelta intacto pero revestido de una visible aura de madurez. Sabido es que la mejor manera de alcanzar ese punto es abrirse a la vida y afrontar sus secuelas desde la inseguridad de la penuria, pero el padre de Edouard no estaba dispuesto a que su hijo pasara por ese trance. Que volviera un poco menos maduro, pero entero. Además, debió pensar que no todas las tierras vascas que acogieran el periplo de su hijo iban a estar igualmente bendecidas por las inversiones que el Imperio Británico había iniciado decenios atrás (el bolsillo de la chaqueta de pana de Edouard rebosaba de direcciones de contacto de empresarios británicos afincados en el país que lo acogía). Sin embargo, el joven inglés no conoció las márgenes izquierdas ni derechas de los astilleros y las siderurgias, tan ligadas al Imperio, sino que se dio a la bucólica de los prados y los caseríos, donde enraizaba incipiente el nacionalismo local, frente al socialismo de las acerías. De cualquier manera, tanto los verdes prados como las chimeneas humeantes de las fábricas le hubieran recordado a su país natal. Y como en tal se debió sentir durante su juvenil estancia de 1913, en la que ya recaló en Hernani, porque repitió visita en 1915 y, como es sabido, en 1918. Entre medio, no hay constancia de que el joven hubiera sido visto portando un fusil en las llanuras agujereadas del río Somme o en cualquier otro lugar arrasado del continente por aquella feroz guerra, aperitivo de las que colmaron el siglo XX. Detrás de ello, ¿la poderosa mano de su padre? Nunca lo sabremos.

El caso es que en el verano de 1913 Edouard Britten se alojó durante unas semanas en el caserío *Sagaredo* –así conocido localmente, cuando su nombre era *Sagaredo-bizitz*– de Hernani (hoy demolido; los prados que forjaron la vocación del joven naturalista se mantienen, por el contrario, en explotación: generaciones de manzanas, entre medio). A él volvió en sus dos posteriores estancias, y en él tomó contacto con las criaturas dueñas del solar de Hernani, mucho mayores y más verdes que las de su Inglaterra natal.

De la cabalidad de este joven –y su padre quería que madurara!– da idea el hecho de que en su primera estancia enviara al Museo Británico uno de los ejemplares de lagarto verde que había capturado en los verdes prados de Hernani. Ese lagarto ha pasado a la historia de la especie como el primer ejemplar de la forma meridional de la especie en España. El sabio herpetólogo Boulenger, el mayor representante de la herpetología europea de la época, que recibió con honores el animal en el museo, así lo consigna en un artículo de 1919, que publicó en el *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, en el que repasa todas las formas entonces consideradas verdaderas del lagarto verde. Es decir, pasaron seis años hasta que el lagarto, conservado en la colección del Museo Británico, fue dado a conocer para la Ciencia, quedando indeleblemente unido al autor de su captura,

porque en el mismo párrafo en el que Boulenger da noticia de su existencia expresa la defunción del joven. ¡Curiosa y romántica forma en la que el hombre y la bestia han quedado hermanados para la eternidad! Ni el mismo Víctor Hugo, que imaginó jorobados descolgándose de las torres de Notre Dame, habría sido capaz de hacer la necrológica de un joven en un texto científico.



George A. Boulenger (1858-1937), uno de los mayores herpetólogos de la historia, puso a Hernani en el mapa herpetológico mundial tras recibir de Edouard Britten un lagarto capturado por éste en la villa.

Después de 1913, en sus posteriores visitas a Hernani Edouard se cebó en los prados, atraído por la llamada de los lagartos, que parecían ejercer sobre él un magnetismo tan poderoso como el de las sirenas sobre Ulises. Y no digamos en la visita de 1918, cuando la absorción se produjo no ya sobre uno, sino sobre dos iluminados que rastreaban con paciencia entre los herbazales, los manzanos y las zarzas. Valvino supo entonces enriquecer las notas de su cuaderno de campo describiendo con chispa la búsqueda del lagarto verde en Hernani, con las que alcanzó momentos estelares de la literatura naturalística descriptiva en español, que no desmerecen de las aportadas por sus maestros del XIX. La falta de espacio me impide transcribir algunos de los pasajes, pero no puedo dejar de hacerlo cuando narra el encuentro de los naturalistas con un lagarto que descansa perezoso, abriéndoles la puerta que conduce a algunos de los secretos de su especie, porque al fino destello de un superdotado de la observación, Valvino añade lo que parece ser fruto



El lagarto capturado en Hernani fue dado a conocer a la Ciencia hace ahora 100 años. Los descendientes del animal todavía pueden seguir viviendo entre sus habitantes.

de una inspiración artística, que le permite describir con precisión ese momento único, al tiempo que sentimental, que acerca y hermana la persona al animal, haciéndolos pares. Dice así Valvino en su cuaderno, con fecha 12 de agosto de 1918: *“Las inconfundibles manchas en el cuello del animal, nunca vistas por mí en otros lagartos de Hernani, me revelan su identidad: es Juanín –¡ay, la lengua de Valvino descubre sus orígenes asturianos!–, su ojo encarnado que parece reconocerme como a un viejo amigo que le visita interrumpidamente, la cabeza ladeada, y como diciéndome: esta es mi casa. ¡Bien sé yo que es tu casa, de la que no te mueves desde hace años!...”* Y sigue con anotaciones técnicas (que obviaré) sobre el colorido y el crecimiento del animal, y detalles sólo accesibles a los ojos avezados de un naturalista que lleva impresa en su retina la imagen del ser individual, al que reconoce de visitas anteriores. Muestra, así, que sabe sobreponerse al concepto de lo colectivo. Y con esto hemos descubierto un pasaje desconocido de la vida de Valvino: su repetida y veraniega estancia en *Sagaredo*. ¿Le habría acompañado en viajes posteriores su amigo Edouard? Porque la última noticia de su presencia es de 1915. Impensable, por mi parte, renunciar a una investigación más profunda de la querencia de los dos amigos naturalistas por los veranos de Hernani, y de lo que podría juzgarse como la atracción ejercida sobre ellos por el entrañable Juanín.

Por su parte, la investigación publicada por Boulenger en 1919, en la que describe el ejemplar de Hernani recibido de Britten, convirtió a este lagarto en el primer representante dado a conocer de la ‘variedad’ europea del lagarto verde (*Lacerta viridis*) en la península Ibérica.

A esta variedad europea la llamó Boulenger ‘*forma typica*’, diferenciándola de la española, o ‘*variedad Schreiberi*’. Hernani fue, por tanto, el territorio español adelantado que acogió por un tiempo la esencia de lo europeo, al menos en lo que atañe a los lagartos verdes. Después de aquellos pioneros que forjaron su conocimiento herpetológico en Hernani vinieron otros que extendieron en Iberia la tierra del lagarto verde europeo, entre los confines de Asturias y Cataluña. Y ya en los momentos actuales, otros la bajaron hasta el Moncayo. Y ayer, como quien dice, otros demostraron que lo que nos llegó no era otro sino un lagarto verde asentado sólo en la mitad occidental de Europa. Pero en toda esta historia, que pareciera estar tocando a su fin, el lagarto del joven Britten y los que prosiguieron su estirpe en el prado de Hernani, tan minuciosamente detallados por Balbuena, ocupan, como hemos visto, un lugar predominante que ningún otro lagarto puede usurparles.

P.S.: Con su inclusión como coautor, el firmante de estas líneas ha querido homenajear al profesor Balbuena, tantos años después de habernos dejado, para honrar su memoria y en acto de agradecimiento, como queriendo mostrar que su recuerdo perdura y permanece vivo entre nosotros.